

Arturo Torres Rioseco

La novela de la tierra

MARIANO AZUELA
(1873)



A revolución mexicana no ha sido sólo una serie de levantamientos y de cuartelazos. Si así hubiera sido el pueblo mexicano estaría ya fatigado de su fiesta guerrera. Habría bastado con que un hombre enérgico se hubiera hecho cargo del gobierno para terminar con la anarquía militar. La historia de la revolución se guardaría entonces únicamente en la crónica roja de los diarios.

La idea revolucionaria está metida en el tuétano mismo de la raza. No hay un solo grupo social que sea indiferente a la gran causa: despertaron los campesinos y comprendieron que ellos también eran factor importante en el desarrollo de su pueblo. Y reclamaron sus derechos. Querían unos cuantos instrumentos de labranza, un pedazo de tierra, una casa y un lecho, un poquito de felicidad y de independencia. De aquí entonces los ejidos, concreción práctica de la política agraria mexicana. Los obreros se organizaron en poderosas uniones, exigieron una legislación social más humana, se armaron para oponerse a las ambiciones ilimitadas de generales sin escrúpulos y a veces se adueñaron de corporaciones y de fábricas. Ellos constituyen la médula de la revolución; ellos saben lo que quieren y la ma-

nera más expedita de obtenerlo y son una fuerza dentro de otra fuerza, una seguridad de paz o una amenaza, según sea la ideología del gobierno.

La universidad es una fuente de inquietudes sociales y políticas: la caída de más de un presidente se ha decidido allí y de ese núcleo han salido muchos candidatos a los más altos puestos públicos. En las campañas políticas los discursos más fogosos estallan en bocas de estudiantes universitarios; José Vasconcelos, rector de la universidad, fué hace algunos años candidato a la presidencia de su patria. Profesionales prósperos abandonan su clientela para aceptar puestos públicos y en tiempos de elecciones cierran sus despachos para acompañar al candidato de su elección. Obispos y monjas prefieren la cárcel a la renuncia de sus ideas y muchos sacerdotes se oponen, fusil en mano, a la marcha de la revolución. Existe en México una ideología revolucionaria, una actitud mental refractaria al adelanto mesurado de la sociedad.

Músicos de gran originalidad—Carlos Chávez—se aprovechan de ignorados motivos indígenas para desarrollarlos en sinfonías de fuerte colorido modernista; otros—Julián Carrillo—tratan de efectuar cambios fundamentales y de revolucionar la música mundial. En el campo de la pintura bastaría con mencionar los nombres de Diego Rivera y Orozco, para demostrar hasta qué grado de progreso artístico puede llegar un país americano. En los pequeños pueblos de México el viajero encuentra a menudo niños de siete a diez años que trabajan en sus cuadros con la devoción de los grandes maestros del Renacimiento y en las escuelas los libros de dibujo de los alumnos revelan claramente que el entusiasmo por el arte pictórico es innato a todo mexicano. Danzadores de jarabes yerguen sus cabezas de bronce y despliegan sobre la rica arquitectura de sus cuerpos la profusión vistosa de sus trajes, oro, azul, rojo. Guitarristas rurales y poblanos cantan sus corridos, dramáticos romances que rivalizan en elegancia e intensidad con los de nuestra España

clásica. Filósofos y poetas interpretan de una manera muy americana el mundo y sus bellezas y novelistas de vanguardia, atentos siempre al ritmo de la vida presente, nos explican en sus obras el complicado proceso de la revolución.

El más conocido de estos novelistas, dentro y fuera de su patria, es Mariano Azuela. Pasado ya el límite de los sesenta, de regular estatura, muy moreno y muy suave en sus movimientos, Azuela desilusiona un tanto al lector que espera hallar en él un garboso representante de la ideología revolucionaria. Su bondad ingénita contrasta con la brusquedad de su estilo y la violencia de sus temas y en vez del novelista proletario vemos en él a un buen señor muy amable que habla con el corazón a flor de labios.

Una tarde de julio de 1930 don Mariano me visitó en mi departamento, tercera cuadra del Paseo de la Reforma. Afuera había mucho sol; unos niños jugaban a los toros y disparaban de vez en cuando pistolas de artificio; tres estudiantes discutían a gritos los méritos del ministro de hacienda de Ortiz Rubio. No podría concebirse nada menos convencionalmente mexicano que la personalidad de Azuela en este ambiente. Conversamos largamente y por sus palabras comprendí que su trabajo profesional le preocupaba más profundamente que su labor literaria; era médico de un hospital y dedicaba varias horas al servicio de los pobres. Se quejó de que sus novelas tuvieran una circulación asaz limitada en su propio país, a pesar de que la sinceridad de su obra era evidente. Yo le aseguré que donde debería conocerse mejor no era en México sino en el resto de América y en España, por cuanto no existía mejor intérprete del alma mexicana, y le auguré que dentro de dos años sería considerado como uno de los mejores novelistas de la lengua. Azuela recibió mis palabras con esa sonrisa tan mexicana que duda y agradece al mismo tiempo.

Hablaba sin entusiasmo y con mucha precisión detrás de sus grandes anteojos sus pupilas revelaban al hombre observa-

dor y tranquilo; había nevado mucho en sus cabellos, en sus cejas y en su bigote recortado en las puntas. Se volvió a acordar de sus pacientes y tuvimos que poner punto final a la entrevista.

Debido al prestigio de que gozaba Azuela entre mis amigos de México y por el interés con que pensaba en sus enfermos me lo imaginé médico del hospital más importante de la ciudad. Estaba completamente engañado.

Mariano Azuela nació en Lagos de Moreno en 1873; Lagos de Moreno es una ciudad de doce mil habitantes que en su novela *Los fracasados* figura con el nombre de Alamos. Azuela fué antiporfirista desde estudiante y propagandista de Madero desde que se presentó en el escenario político de México. Figuró después como jefe político de Lagos de Moreno al triunfo de la revolución maderista; se incorporó más tarde a las fuerzas revolucionarias contra el régimen de Victoriano Huerta, al mando de Julián Medina, de Jalisco. Fué director de instrucción pública de Jalisco durante el breve período del gobierno conventionista y se refugió en El Paso al triunfo de Carranza; luego regresó a la ciudad de México sin haber vuelto más a tomar participación ninguna en la política del país.

A la muerte de Madero quedó la revolución sin rumbo definido. Pancho Villa, Atila azteca, dirigía su ejército de panteras en el Norte, destruía campos y ciudades, quemaba casas y cosechas, asesinaba mil prisioneros en un día. Emiliano Zapata cometía iguales atrocidades en el Sur, pero se salvaba por su gran ideal de redención proletaria. Comenzaba la fiesta de fuego mexicana. Aparecía la ronda de los famosos capitanes: Huerta, Carranza, Zapata, Villa y Obregón, ahora todos muertos, todos asesinados. Grandes batallas, victorias, derrotas, heroísmos, traiciones, ambiciones, odios e ideales. Y en medio de toda esta sinfonía salvaje, Mariano Azuela, médico militar, curando a los heridos, despidiendo a los muertos, viviendo siempre y siempre agonizando, como diría Walt Whitman.

De aquí sus experiencias que más tarde iba a recordar en todas sus novelas, en sus novelas que son cuadros fidedignos de México en sus años más tristes.

Hasta 1925 el nombre de Mariano Azuela no ha llamado casi la atención; es uno de tantos novelistas perdidos en la indiferencia ciudadana. En 1907 publica en Lagos de Moreno su primera novela, *María Luisa*; en 1909 da a luz en Guadalajara *Mala yerba*; luego aparecen en la ciudad de México *Los fracasados*, (1908), *Andrés Pérez. maderista*, (1911), *Sin amor*, (1912); *Los caciques*, (1917), *Las moscas y Domitilo quiere ser Diputado*, (1918). Durante su destierro en El Paso publica *Los de abajo*, (1916). Pasan varios años y *Los de abajo* no atrae la atención del gran público. En 1920 aparece una segunda edición, esta vez en la Capital, que tampoco alcanza el éxito merecido. Los escritores de la antigua escuela no podían celebrar una novela que iniciaba una nueva época y los escritores jóvenes, ocupados en sus oropeles literarios, no pudieron comprender la enorme significación de este libro. En 1925 el diario *El Universal* hace una tercera edición de *Los de abajo*, Esta vez se hace a la obra debida propaganda; diarios y revistas la comentan en forma elogiosa y el talento de Azuela queda demostrado. Ya ante el público el nombre del autor, lo demás era fácil; en el resto de América y en España plumas heráldicas anuncian al gran novelista de la revolución mexicana.

Aumenta el interés por conocer sus libros y *Los de abajo* adquiere popularidad continental. El gobierno del estado de Vera Cruz publica una edición oficial; este mismo año la editorial madrileña *Biblos* lo da a conocer en España; el éxito del libro es tal que la casa editora *Espasa-Calpe* lo vuelve a editar en 1930. En la América española la piratería editorial aprovecha la obra y se hacen nuevas ediciones que el autor jamás ha visto. *Los de abajo* se convierte en unos pocos meses en la obra más deseada por los lectores cultos: pronto se hacen tra-

ducciones a diferentes idiomas, con variado éxito. Enrique Munguía, uno de los jóvenes escritores más cultos de México, la vierte al inglés y en este idioma aparece en 1929 en Londres y Nueva York; la versión francesa. *Ceux d'en bas*, hecha por J. y J. Maurin, sale de las prensas en 1930, con una admirable introducción de Valéry Larbaud; el mismo año es traducida al alemán con el nombre *Die Rotte*.

Cabe preguntar ante esta boga formidable que adquiere la novela: ¿Por qué se hizo el silencio entre 1916 y 1926? Imposible sería determinar el hecho de una manera categórica. Es comprensible, sin embargo, que la primera edición haya pasado inadvertida a causa de que el autor estaba en el destierro y debido a que la ciudad de El Paso no es un centro intelectual de ninguna especie. No se explica la indiferencia de la crítica por la edición del año veinte. La importancia que se atribuye a la novela después de 1926 demuestra la incapacidad de los críticos mexicanos para señalar nuevos valores, su timidez para juzgar la obra revolucionaria, su falta de normas literarias y de intuición. Muchos de los que celebran ahora la aparición de *Los de abajo* conocían ya el libro pero no se atrevieron a emitir sus juicios sino cuando la obra había sido consagrada. La novela se ha vendido en México por más de seis años y a nadie se le había ocurrido proclamarla la primera novela nacional de esos días. De repente Azuela «es descubierto» en México. Centro América, Argentina, Chile, España, Francia, Estados Unidos y Alemania. México tiene ya su novelista representativo y toda una tendencia literaria brota al contacto de sus libros; la revolución aparece como tema literario de sumo interés en todo el continente.

Los de abajo es el poema épico en prosa de la revolución mexicana. Describe la vida y hechos de Demetrio Macías, campesino que se hace revolucionario a causa de los abusos de los caciques y de los federales. Cuando los soldados del gobierno le incendian su casuca, Macías envía a su mujer y a su hijito

a casa de su padre y se va a la sierra a unirse con sus compañeros:

«En cada risca y en cada chaparro, Demetrio seguía mirando la silueta dolorida de una mujer con su niño en los brazos». (1)

Macías, con veinte hombres, detiene a un ejército federal, pero es herido en el combate. Sus compañeros le conducen a choza escondida entre las rocas: Luis Cervantes, desertor federal, cae en manos de los hombres de Macías. Uno de ellos, Pancracio, explica cómo:

«Yo estoy de centinela, oí ruido entre las yerbas y grité: «¿Quién vive?» «Carranzo», me respondió este vale... «¿Carranzo?»... No conozco yo a ese gallo... Y toma tu Carranzo: le metí un plomazo en una pata...». (2)

Ex estudiante de medicina, Cervantes se cura su propia herida y más tarde las de Demetrio, quien se convierte en su íntimo amigo. Camila, muchacha campesina, se enamora de Cervantes y éste en vez de corresponder su amor insiste en que debe amar a Demetrio. Guiado por los consejos de Cervantes, Macías decide emprender el avance en contra de los federales e ir aumentando su ejército.

Macías avanza hacia Fresnillo para unirse a las tropas del general Natera. Unidos atacan a Zacatecas y son derrotados. Se anuncia la llegada de Villa:

«¡Ah, Villa! La palabra mágica. El gran hombre que se esboza: el guerrero invicto que ejerce a distancia ya su gran fascinación de boa». (3)

(1) *Los de abajo*. Ed. «Biblos», pág. 20.

(2) *Ibid.*, pág. 35.

(3) *Ibid.*, pág. 100.

Macías se ha convertido ya en famoso general de la revolución: su actitud heroica llama la atención por todas partes. Sus hombres incendian la casa de su viejo enemigo, el cacique don Mónico. Cervantes va al rancho de Camila, la convence de que debe huir con él y luego la traiciona, entregándola a Demetrio. Después que Macías y sus hombres han peleado en varios lugares reciben orden de dirigirse a Aguascalientes, ciudad en que los generales victoriosos celebran una convención. Villa se opone a que Carranza sea presidente y la revolución continúa. Demetrio se vuelve a sus tierras: ve a su hijo y a su esposa:

«—¡Hora sí, bendito sea Dios que ya veniste! ¡Ya nunca nos dejarás! ¿Verdad? ¿Verdad que ya te vas a quedar con nosotros? ¡Demetrio por Dios!

¡Ya no te vayas! ¡El corazón me avisa que ahora te va a suceder algo! ¿Por qué pelean ya, Demetrio?». (1)

Demetrio, las cejas juntas, toma distraído una piedrecilla y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero, y dice:

«—Mira esa piedra como ya no se para...».

Y así Demetrio Macías prosigue su interrumpida marcha. Pero apenas ha salido de su hogar cuando ya encuentra al enemigo. En el mismo barranco donde sus veinte hombres derrotaron una vez a un ejército federal es embotellado por sus adversarios. Sus hombres van cayendo, uno por uno:

«Demetrio derrama lágrimas de rabia y de dolor cuando Anastasio resbala lentamente de su caballo, sin exhalar una queja, y se queda tendido, inmóvil. Venancio cae a su lado.

(1) *Ibid*, págs 198, 199.

con el pecho horriblemente abierto por la ametralladora, y el Meco se desbarranca y rueda al fondo del abismo. De repente Demetrio se encuentra solo. Desmonta, arrástrase por las rocas hasta encontrar un parapeto, coloca una piedra que le defienda la cabeza y, pecho a tierra, comienza a disparar. Demetrio apunta y no yerra un solo tiro... Paf... , paf... , paf... Su puntería famosa lo llena de regocijo; donde pone el ojo pone una bala; se acaba un cargador y mete otro nuevo. Y apunta...». (1)

Y cuando todo ha terminado ya, Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil...

Sin ser una novela de trascendencia universal de *Crimen y castigo* o los *Hermanos Karamazof*, *Los de abajo* es una obra realista de gran vigor. Su estilo es terso, fragmentado, nervioso, incorrecto a veces, siempre lleno de color y de virilidad. Su sencillez es un poderoso recurso artístico; usa el número indispensable de palabras para expresar su sentir y nunca cae en ninguna forma de preciosismo literario. Una gran cantidad de sabrosos mexicanismos dan a *Los de abajo* un marcado color local. Como los hombres, hombres en acción, tienen en esta novela una importancia primordial, el paisaje adquiere un valor humano, una grandeza latente:

«Cuando escaló la cumbre, el sol bañaba la altiplanicie en un lago de oro. Hacia la barranca se veían rocas enormes rebañadas; prominencias erizas como fantásticas cabezas africanas; los pitayos como dedos anquilosados de colosos; árboles tendidos hacia el fondo del abismo. Y en la aridez de las peñas y de las ramas secas, albeaban las frescas rosas de San Juan como una blanca ofrenda al astro que comenzaba a deslizar sus hilos de oro, de roca en roca...». (2)

(1) *Ibid*, pág. 201.

(2) *Ibid*, págs. 21. 22.

El paisaje se satura de la intensidad de sus propias emociones. Después de largos meses de combate Demetrio se siente triste y decaído: «Algo me va a pasar», exclama; «era un amanecer silencioso y de discreta alegría. Un tordo piaba tímidamente en el fresno; los animales removían las basuras del rastrojo en el corral, gruñía el cerdo su somnolencia. Asomó el tinte anaranjado del sol, y la última estrellita se apagó...» (1).

Sin embargo, el verdadero mérito de *Los de abajo* estriba en el inmenso drama humano de la revolución. Esos hombres que han abandonado esposa e hijos, luchan ciegamente llevados por impulsos ancestrales: algunas veces recuerdan la alegría sencilla del hogar y sus ojos se llenan de lágrimas pero... sus fusiles están cargados, la taquilla es abundante y en el pueblo próximo hay mujeres y guitarras. Y así continúan, andando, combatiendo, cantando, sufriendo, hasta que una bala piadosa los detiene para siempre en un punto. La fuerza de la inercia se ha roto por una causa inesperada pero fatalmente constante: sólo la muerte puede más que los primitivos mandatos.

A veces el hombre culto de la ciudad, que comprende el significado profundo de la lucha, trata de explicarlo al campesino, como cuando Cervantes se dirige a Demetrio:

«Permítame que sea enteramente franco con usted. Ud. no comprende todavía su verdadera, su alta y nobilísima misión. Usted, hombre modesto y sin ambiciones, no quiere ver el importantísimo papel que le toca en esta revolución. Mentira que usted ande por aquí por don Mónico, el cacique; usted se ha levantado contra el caciquismo que asola toda la nación. Somos elementos de un gran movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No peleamos por derrocar a un asesino mi-

(1) *Ibid.* pág. 154.

serable, sino contra la tiranía misma. Eso es lo que se llama luchar por principios, tener ideales. Por ellos luchan Villa, Natera, Carranza; por ellos estamos luchando nosotros...». (1)

En boca de Cervantes suenan bastante bien las palabras «principios» e «ideales», pero en los oídos de Demetrio no pueden tener significado alguno, y si Macías, siendo el jefe, no las entiende ¿qué puede esperarse de sus pobres soldados? A raíz del fracaso de la Convención de Aguascalientes uno de los hombres de Demetrio, Anastasio Montañez, empieza a reflexionar:

«Porque lo que yo no podré hacerme entrar a la cabeza es eso de que tengamos que seguir peleando... ¿Pos no acabamos ya con la Federación? ...». (2)

Naturalmente los otros soldados se ríen de su candor. Los rifles y los cartuchos deben ser usados. He aquí el significado de la lucha. ¿Contra quién? ¿Para quién? Eso ¿qué importa! Luis Cervantes, pseudo-intelectual con mucha experiencia en política, ha oído muchos discursos y ha escrito muchos editoriales, y cree que llegará un día en que el proletariado mexicano habrá de gozar el beneficio de todos sus desvelos y trabajos. Y ese día no habrá caciques ni patronos. Según Cervantes, el deber de todo mexicano es luchar por su patria y su familia en contra de la tiranía de los caciques:

«Se acaba la revolución y se acabó todo. ¡Lástima de tanta vida segada, de tantas viudas y huérfanos, de tanta sangre vertida! Todo ¿para qué? Para que unos cuantos bribones se enriquezcan y todo quede igual o peor que antes. Ud. es des-

(1) *Ibid.*, págs. 69, 70.

(2) *Ibid.*, pág. 181.

prendido, y dice: «Yo no ambiciono más que volver a mi tierra». Pero ¿es de justicia privar a su mujer y a sus hijos de la fortuna que la Divina Providencia le pone ahora en sus manos? ¿Será justo abandonar a la patria en estos momentos solemnes en que va a necesitar de toda la abnegación de sus hijos, los humildes, para que la salven, para que no la dejen caer de nuevo en manos de sus eternos detentadores y verdugos, los caciques?». (1)

El relativo optimismo de Cervantes choca un día con el escepticismo de Alberto Solís, un compañero a quien no había visto por muchos años, y a quien encuentra ahora en un grupo de soldados revolucionarios. El criterio de Solís es realista y por lo tanto ya no abriga ilusiones por lo que se refiere a la revolución y sus dirigentes. A pesar de que sus palabras son de un cinismo desgarrador, algunas veces tienen fuerza profética.

La revolución es para Solís una especie de máquina monstruosa, incubadora de hombres falsos y de traidores. Demasiado hábil para prestar oídos a la demagogia ciudadana, Solís explica su manera de pensar, después de una batalla:

«¡Qué hermosa es la revolución aun en su misma barbarie! Lástima que lo que falta no sea igual. Hay que esperar un poco. A que no haya combatientes, a que no se oigan más disparos que los de las turbas entregadas a las delicias del saqueo, a que resplandezca diáfana como una gota de agua la psicología de nuestra raza, condensada en dos palabras: ¡robar, matar!... ¡Qué chasco, amigo mío, si los que venimos a ofrecer todo nuestro entusiasmo, nuestra misma vida, por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un monstruoso pedestal donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos

(1) *Ibid*, págs. 68, 69.

de la misma especie! ¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos!...
¡Lástima de sangre! (1)

Estas palabras—que bien pudo haberlas dicho Azuela muchas veces—encierran una verdad profunda. La inercia en movimiento de la revolución ha arrastrado en su camino mucho lodo; generales sin principios han traicionado una y mil veces la ingenuidad del campesino y del obrero; hambrientos zopilotes han bajado a llenar sus estómagos inmundos en el festín de los combates; ciudades destruídas, casas incendiadas, violaciones de doncellas, crímenes vergonzosos, ilustran el lado brutal de la revolución. Lo que fué en Madero ideal y sed de justicia se convierte en crápula bestial en un cretino como Huerta; lo que es en Zapata impulso definido y consciente, es en el cerebro de Pancho Villa torbellino de sangre y torrente de destrucción. La revolución no ha terminado aún, no terminará sino cuando el campesino y el obrero, organizados y unidos, dirijan con sus propias manos el timón de la República.

El héroe de *Los de abajo* es Demetrio Macías.

«Yo soy de Limón, allí muy cerca de Moyahua, del puro cañón de Juchipila. Tenía mi casa, mis vacas y un pedazo de tierra para sembrar; es decir, que nada me faltaba. Pues señor, nosotros los rancheros tenemos la costumbre de bajar al lugar cada ocho días. Oye uno su misa, oye el sermón, luego va a la plaza, compra sus cebollas, sus jitomates y todas las encomiendas. Después entra uno con los amigos a la tienda de Primitivo López a hacer las once. Se toma la copita; todo está bueno porque no se ofende a nadie. Pero que comienzan a meterse con usted; que el policía pasa y pasa, y arrima la oreja a la puerta; que al comisario o a los auxiliares se les ocurre quitarle a usted su gusto... ¡Claro, hombre, usted no tiene la sangre de horcha-

(1) *Ibid*, págs 106, 107,

ta, usted lleva el alma en el cuerpo, a usted le da coraje, y se levanta y les dice su justo precio! Si entendieron, santo y bueno, a uno le dejan en paz, y en eso paró todo. Pero hay otras veces que quieren hablar ronco y golpeado... y uno es machito de por sí... y no le cuadra que nadie le pele los ojos... Y, sí señor, sale la daga, sale la pistola... y luego vamos a correr la sierra hasta que se les olvida el difuntito».

«Bueno, ¿qué pasó con don Mónico? ¡Faceto!, muchísimo menos que con los otros; ¡ni siquiera vió correr el gallo! Una escupida en las barbas por entremetido, y pare usted de contar... Pues con eso ha habido para que me eche encima a la federación. Usted ha de saber del chisme ése de México donde mataron al señor Madero y a otro, a un tal Félix o Felipe Días, ¡qué sé yo! Bueno, pues el dicho don Mónico fué en persona a Zacatecas a traer escolta para que me agarraran. Que dizque yo era maderista y que me iba a levantar. Pero como no faltan amigos, hubo quien me lo avisara a tiempo, y cuando los federales vinieron a Limón, yo ya me había pelado. Después vino mi compadre Anastasio, que hizo una muerte, y luego Pancracio, la Codorniz y muchos amigos y conocidos. Después, se nos han ido juntando más, y ya ve; hacemos la lucha como podemos» (1).

Macías dista mucho de ser un personaje convencional; es un hombre de veras, de carne y hueso, un valiente soldado mexicano; es un ser primitivo, sin cultura, sin ideas; en el cultivo de su campo y en los combates pone la misma intención; mata docenas de hombres y no siente remordimiento alguno; el bien y el mal son para él palabras desprovistas de significado. Desconcierta ver tal ignorancia y tal estupidez en un héroe de este calibre. Cuando Macías confiesa su timidez ante las mujeres y cuando le vemos emocionarse en el recuerdo de las co-

(1) *Ibid.* págs. 66, 67.

sas queridas, se nos hace simpático a pesar de su fiereza. Al trazar el carácter de este hombre de un modo sencillo, sin cualidades enfáticas, sin fórmula literaria, Azuela alcanza un éxito completo.

La mayor parte de los personajes secundarios de la novela están bien estudiados. La mujer de Macías es una campesina humilde y buena, satisfecha de tener un marido, un hijo, un rancho. Pero cuando esta mujer sumisa e ignorante es insultada por los soldados federales, todo su honor tradicional aparece y le grita a Macías: mátalos. Camila y La Pintada son de una extraña grandeza. Camila ama a Cervantes y huye con él; Cervantes la traiciona y la entrega a Demetrio: la muchacha se desespera pero ante la bondad de Demetrio empieza a sentir por él cierta afección. La Pintada, que también se interesa por el general, asesina a Camila. Cervantes es un hombre frío, calculador, egoísta. Anastasio, Pancracio, el Manteca, La Codorniz, Venancio, son sencillamente *pelaos*, expresión franca de primitivismo mexicano, Azuela los conoce a fondo:

«Se distinguen en la carnicería Pancracio y el Manteca rematando a los heridos. Mantañez deja caer su mano, rendido ya; en su semblante persiste su mirada dulzona; en su impassible rostro brillan la ingenuidad del niño y la amoralidad del chacal». (1)

Pero el Güero Margarito está desprovisto de toda ingenuidad; sus instintos de fiera se han afinado en la revolución y cuando se jacta de su feroz idiosincrasia hay una grandeza satánica en su voz:

«Así soy yo, mi general Macías; mire como ya no me queda pelo de barba en la cara. ¿Sabe por qué? Pues porque soy

(1) *Ibid.* pág. 90.

un corajudo, y cuando no tengo en quien descansar, me arranco los pelos hasta que se me baja el coraje. ¡Palabra de honor, mi general; si no lo hiciera así me moriría de puro berrinche!». (1)

El Güero Margarito es un caso patológico; su crueldad es una cosa inusitada, monstruosa. Después de una batalla aparece arrastrando a un prisionero; Pancracio le pregunta:

«¿Por qué vienes cargando con esa roña?».

«—¿Sabes por qué? Porque nunca he visto bien a bien la cara que pone un prójimo cuando se le aprieta una reata en el pescuezo». (2)

Y ante el asombro de los soldados Margarito continúa imperturbable:

—«Anastasio, préstame tu reata; mi cabestro se revienta con este gallo... Pero, ahora que lo pienso mejor, no... Amigo federal, te voy a matar de una vez: vienes penando mucho. Mira, los mezquites están muy lejos todavía y por aquí no hay telégrafo siquiera para colgarte de algún poste». (3)

Luego saca su pistola, pone el cañón sobre el pecho del prisionero y muy despacio echa atrás el gatillo, la mantiene así varios segundos mientras su rostro expresa suprema voluptuosidad. El prisionero tiembla con un terror indescriptible y el Güero alarga su suplicio indefinidamente.

En *Los de abajo* son frecuentes los episodios brutales, las

(1) *Ibid.*, págs. 115, 116.

(2) *Ibid.*, pág. 149.

(3) *Ibid.*, págs. 149, 150.

escenas descarnadamente realistas. Así como Azuela no oculta las llagas sociales, el suburbio miserable, el antro ignominioso donde se fuma marihuana y se bebe mezcal, tampoco vacila en mostrarnos el fondo corrompido del alma humana, con la franqueza y el valor de un Gorki. Con una indiferencia admirable nos describe los bacanales de los soldados, sus relatos infames, sus canciones plebeyas, violaciones, crímenes y robos. El lector se da cuenta inmediatamente de la naturalidad de los hechos ya que en ciertos ambientes ciertas cosas tienen que suceder.

Valéry-Larbaud sostiene que la mejor novela de Azuela es *La Malhora* y no *Los de abajo*, como cree la mayor parte de la crítica hispano-americana. *La Malhora*, a pesar de ser una creación típicamente mexicana, profundamente nacionalista, carece de la grandeza épica de *Los de abajo*. Acaso literariamente sea superior pero consideradas en conjunto la novela militar la aventaja considerablemente. *La Malhora* narra la vida y aventuras de una muchacha del pueblo a quien persigue constantemente la mala suerte. Primero es engañada por un tal Marcelo, quien más tarde asesina a su padre. La Malhora vive en lugares de vicios y corrupción, entre inmundos borrachos y barriles de alcohol, perdida definitivamente en este medio. En cierta ocasión trata de matar a Marcelo pero fracasa en el intento; al otro día la encuentran enteramente desnuda y helada, en un paseo público. Marcelo, en complicidad con otra mujer, la Tapatía había tratado de deshacerse de ella. De allí la llevan a un hospital; un famoso cirujano logra salvarla y la lleva a vivir a su propia casa. Las revelaciones psicopáticas del doctor a la Malhora no agradan a la esposa de éste:

«El doctor creyó en la hora del perdón y al ir a poner el sello entró su señora y no encontró las cosas de su agrado, terminando así este episodio»; (1)

(1) *La Malhora*, pág. 44.

Continuando su peregrinaje, cae la muchacha en casa de tres señoras muy devotas, las Gutiérrez de Irapuato. Allí pasa cinco años, ayunando, rezando, confesándose. Ahora su nombre es Altagracia:

«Pasan días de plomo. Pero aquel silencio de iglesia, aquella devoción sin resquebrajaduras, aquel alabar a Dios hasta por los cólicos y las jaquecas, van afianzando aquí y allí las ideas vagas y desparpajadas traídas de la casa del doctor. Por fin: «Niñas, quisiera confesarme y comulgar como ustedes, todos los días». Desde ese día, pues, Altagracia, por mal nombre la Malhora, comió en la misma mesa de sus amas». (1)

Pero un buen día, a la salida de misa, Altagracia riñe con una mujer y guarda entre sus dientes un pedazo de la nariz de su rival. Altagracia vuelve a su casa, encuentra la puerta cerrada y decide cambiar de vida nuevamente. Otra vez es la Malhora. Vuelve al suburbio; obtiene las señas de Marcelo y la Tapatía; trabaja después en casa de un general retirado, lleno de enfermedades y de mañas; es despedida del inmundo lugar, y enferma,—¿de qué?—vaga por hospitales y consultorios. Siempre le preguntan: «¿qué tiene?». «Precisamente eso, contesta, no tengo nada pero...». Y de repente recuerda que el cirujano le dijo una vez: «Altagracia, tu odio se apagará en un borbotón de sangre». Entonces corre a la primera pulquería que encuentra y bebe y bebe hasta que su cerebro es un calidoscopio que multiplica y deforma las visiones de su vida, y ya en el tercer vaso sus ojos leen en el cristal, «La Tapatía». «Se pintan rótulos», es decir, la incógnita de su destino descifrada, «su salud y su vida en la hoja brillante de un cuchillo». Y ebria de pulque y de alegría corre al Volador y allí sucede lo que nos dice Azuela:

(1) *Ibid*, pág. 50.

«Pues no señor, nada. Al primer cachete ia dentadura de la Tapatía—\$ 25, patente registrada—mordió exilarante las duelas del estanquillo. Desarmada y estupefacta, la Malhora sacó del cuello devotamente un rosario y lo puso en las manos de su rival: «reza, reza que es lo que te queda en la vida».

«Y con las muelas de la Tapatía y el pujante abdomen de Marcelo, medio sofocado bajo el catre de la accesoria «Se pintan rótulos», la Malhora talló dos cristales que corrigieran sus astigmatismo mental» (1).

La Malhora ofrece un gran interés literario: el autor aplica a su trabajo ciertos métodos de superposición propias de la escuela cubista; manchas negras y dilatados espacios en blanco ilustran la manera de Azuela en este libro; sugerencias inauditas aparecen de repente en el relato sencillo y fragmentado; los adjetivos tienen siempre aplicaciones imprevistas: la narración es a menudo interrumpida por diálogos ajenos al fluir natural de la historia. Azuela ha abandonado ya toda elegancia rebuscada para expresarse en un estilo libre y arbitrario. El escritor asegura certeramente el significado proletario de su estilo. He aquí una descripción de paisaje, típica de esta obra:

«Un cielo bituminoso como el asfalto mojado de las calles acababa de engullirse al sol». (2)

Y otra no menos característica:

«Había dejado de llover: el cielo se despejaba en una inmensa plancha de zinc; la luna subía como pedazo de oblea; el aire zumbaba en tropelío desenfrenado de saetas». (3)

(1) *Ibid.*, pág. 72.

(2) *Ibid.*, pág. 7.

(3) *Ibid.*, pág. 25.

Al mismo tiempo que *La Malhora* nos ofrece cuadros exactos de la vida proletaria de México es una sátira vigorosa de la sociedad capitalista. Nos muestra entre otras cosas la actitud dogmática de los jueces que siempre hablan de los antecedentes obligados de todos los casos legales y discuten acerca del atavismo, la educación, el medio y otras cosas que desconocen en absoluto. Se burla también aquí, como en todas partes, de la ignorancia de los médicos y ridiculiza su comercialismo; comenta con picante picardía la monótona devoción de las señoras mexicanas. El fatalismo racial está siempre presente en *La Malhora*, olor a pulque y mezcal llenan la atmósfera; el amor lleva a la gente de bruces al abismo; la muerte está agazapada y tiene que saltar sobre su presa. La vida de Altagracia demuestra que es inútil rebelarse contra el destino y aunque la pobre criatura se confiesa y comulga por varios años, fuerzas primitivas la empujan hacia la taberna y el suburbio.

Los personajes de la obra están muy bien estudiados y aunque ninguno ofrece cualidades dignas de admiración, todos viven, son profundamente reales en su arquitectura tragicómica. Aunque menos atrevida en su naturalismo que otras novelas mexicanas de la generación anterior— v. g. *Santa de Gamboa*—*La Malhora* no tiene antecedentes en la literatura mexicana y a pesar de que no tiene nada que ver con revoluciones ni vida de campaña es por su técnica literaria la obra más típicamente revolucionaria de estos últimos años en nuestro continente.

De las tres mejores novelas de Mariano Azuela, *La Luciérnaga* es la que sigue un plan más metódico en su arquitectura; en ella contrasta la vida de dos hermanos, Dionisio y José María, José María es un avaro sórdido, que pasa su vida en Cieneguilla, rezando, ayunando y escondiendo su dinero. Dionisio, por el contrario, es un botarate que se va con su mujer e hijos a vivir a la ciudad de México. Allí todo el

mundo le engaña, desde el estado, que declara sin valor una emisión de billetes, de los cuales Dionisio tenía tres cajas repletas, hasta el último comerciante con quien tiene tratos. Su esposa, Conchita, es una mujer obediente y resignada, madre heroica, noble espíritu, única luz en la horrenda obscuridad del alma de Dionisio, ¡la luciérnaga! Aquí tenemos tres personajes básicamente mexicanos y, a pesar de todo, universales. José María, el avaro, torturado por inquietudes religiosas y morales, mezcla despreciable de hipócrita y cobarde, que se retrata en unas cuantas frases:

«Parece que mis consejos te incomodan. Dios me sea testigo de que no busco más que la salvación de tu alma y de la mía. Dionisio, oye la oración, párate, vamos rezando. El Ángel del Señor anunció a María... Dios te salve María, llena eres de gracia...» (1).

Y este Harpagón, es, en su sordidez y en su miseria, profundamente humano. Luego tenemos a Dionisio, alma de niño, carente de voluntad, primera víctima de su propia fe en los hombres. En sus experiencias comerciales va de mal en peor, pero jamás deriva enseñanzas prácticas de sus fracasos. Empieza por arruinarse, luego se da a la bebida, después se hace marihuano y acaba en un hospital:

«Desde mañana, vida nueva. Yo debo corregirme de esta fea costumbre de la bebida, que parece que se me está arraigando» (2).

Y por supuesto que no se corrige nunca. Conchita, la esposa, sufre en silencio, primero su pobreza y la degeneración de su marido, más tarde, la muerte de su hija. Pero

(1) *La Luciérnaga*, pág. 15.

(2) *Ibid*, pág. 153.

cuando su hijito cae enfermo, la heroica mujer se rebela y grita: «Dionisio, si Sebastián se muere, te abandono». Y el niño, a pesar de toda la ayuda de la ciencia médica, se muere:

¡«Bandidos, me han estafado! Idas y venidas de consultorio en consultorio. Examen del gargajo, de los orines. reacción de quien sabe qué diablos, rayos X por delante, por detrás y de costado, cuatro tremendos arañazos en los brazos, y respire y diga treinta y tres... Total: cuatrocientos pesos»(1).

Y entonces la buena Conchita, la humilde y la obediente, desaparece; se va a Cieneguilla, a esconder en su aldea el dolor de su tragedia, mientras Dionisio sigue descendiendo los peldaños de la escala social en México. Conchita halla la felicidad en la tranquila vida provinciana, con los pocos hijos que le quedan; pero un día le llega la noticia de que Dionisio ha sido apuñaleado y se está muriendo en un hospital. Y otra vez, la heroica mujer vende sus haberes y compra billetes para la Ciudad de México. Y cuando los vecinos le preguntan si se ha vuelto loca, ella exclama: «Cumplo con mi deber». Y el día que Dionisio es dado de alta Conchita toma a sus hijos de la mano y abriéndose paso a viva fuerza entre la multitud que la injuria y los estruja, va al encuentro del que viene con la cabeza rapada y los pies descalzos, con los ojos turbios donde la última esperanza debió morir. Y Dionisio tiende su mano y sonríe, sin sorpresa, sin emoción, sin expresión y exclama:

—Me latía que tendrías que volver...

En esta última frase, que es en sí una verdadera síntesis, Azuela expresa su fe racial en nuestras mujeres, pacientes, es-

(1) *Ibid*, pág. 155.

toicas, capaces de grandes sacrificios por sus hijos y por sus esposos. Por fin hemos encontrado en las novelas de don Mariano, llenas de fatalistas y abúlicos, de oportunistas y caciques, un personaje que los redime a todos, un alma humilde y grande, épica en su sencillez y en su silencio.

La Luciérnaga, al mismo tiempo que es una novela psicológica, es una fiel descripción de costumbres en diferentes clases sociales. Aquí hallamos un cuadro exacto de vida provinciana, olorosa a incienso, vaga y pesada en su monotonía, donde unas viejas de lengua viperina pasan el tiempo oyendo misa todas las mañanas y murmurando contra el género humano; aquí también se halla el desfile interminable de los empleados del Gobierno, de la Municipalidad, de abogados, médicos, sacerdotes, soldados, la gran falange de parásitos, agrandada por la revolución, sanguijuelas eternas siempre sangrando a los trabajadores. Y en la capital, donde para triunfar hay que ser político o llevar un rifle en cada mano, vemos otro desfile de magistrados, generales, jefes de partidos obreros; todos oportunistas, todos corrompidos, subiendo siempre, siempre medrando, gracias a la revolución que todo lo iguala, que todo lo nivela.

En esta atmósfera de corrupción y de vergüenza vive María Cristina, hija de Dionisio, otra luciérnaga, atraída por llama de los placeres fáciles, los costosos vestidos, los licores y los automóviles, hasta que una noche es vilmente asesinada en una casa de prostitución. Aquí tenemos otra vez al realista absoluto, a Gogol, Gorki, noches heladas, días opacos, obscuridad, miseria, enfermedades, sangre, dolor, lo peor de la urbe. Se sienten deseos de romperle la pluma al novelista, de sacar a sus personajes de sus antros terribles, de destruir su pulque y su marihuana, de llevarlos a pasear por Chapultepec, Cuernavaca, Xochimilco, de comprarles una casita en Taxco, donde hay belleza, silencio, paz, frescura de aire, de cielo, de agua. Pero todo es inútil y uno no debe olvidar que Azuela

es el novelista de la revolución, el novelista proletario, que trata de hacer la vivisección de su pueblo, para mostrarnos sus vísceras gangrenadas.

Azuela sigue usando su estilo fragmentado; su relato se interrumpe, vuelve atrás, se continúa, a veces habla el autor, otras los personajes. El que relata más consistentemente es Dionisio, siempre atormentado por su sensibilidad, agudizada por la marihuana y el pulque; en momentos de fiebre pasan por su cerebro las visiones cinematográficas de su vida, e incapaz de dominarlas, habla, para echarlas afuera, y las deforma y las agranda, y salen al relato, monstruosas, torturantes, como infinitas pesadillas.

La revolución no tiene secretos para Azuela. Comprende que México entero pertenece ahora a los generales y a los políticos como pertenecía antes a la aristocracia. ¿Quién ha ganado con el cambio? ¿El indio, el campesino, el trabajador? No, que siguen siendo las víctimas de los poderosos. Y Azuela continúa entonces su trabajo justiciero, apostólico casi, su obra de purificación y mejoramiento social.

En sus tres grandes novelas, *Los de abajo*, *La Malhora* y *La Luciérnaga*, Azuela encarna, en cuanto a forma y contenido, los ideales de la revolución, y es en la literatura su intérprete más destacado, correspondiendo su obra, en este campo, a los frescos de Diego Rivera y de Orozco, en pintura.

En sus dos primeras obras Azuela sigue de cerca las huellas de Balzac y de Zola. Como en Balzac, hay en estos libros una mezcla de realismo y de romanticismo que los hacen más humanos; describe en ellos los vicios y las bajezas de la burguesía de su tiempo; presenta tipos individuales que pronto adquieren características generales, en ambientes y condiciones apropiadas. Como Zola, Azuela trata de ser un observador y un experimentador al mismo tiempo: como él, a veces exagera y deforma para dar apariencias alucinantes a los hechos; como en él la propaganda se filtra en sus novelas y parece que el refor-

mador se dirige más a las multitudes que a un grupo de lectores. Pero en vez de las taras sociales, en vez del fango que hay en la novela naturalista de Zola, hallamos en Azuela la maldad humana, siempre brutal, pero menos mal oliente que en las creaciones del gran francés. Y como en ambos novelistas franceses hay en Azuela una tendencia manifiesta al conflicto social, a la lucha entre los elementos liberales y reaccionarios, a la libre expresión de las pasiones humanas, a la superabundancia del color local, a los episodios románticos de amor, al fin moralizante, a la tragedia inexorable y ciega.

María Luisa es una historia de amor entre un estudiante de medicina y la hija de la dueña de la casa de pensión donde se aloja; se describe el bullicio de la vida estudiantil en Guadalajara en los últimos años del siglo pasado; abandono, pobreza, enfermedad y muerte de la muchacha (1).

Los fracasados es una novela que se desarrolla en Lagos de Moreno, ciudad natal de Azuela, que aparece aquí con el nombre de Alamos. Un abogado joven acaba de aceptar un empleo en la jefatura política de Alamos; empieza sus trabajos con mucho entusiasmo, pero pronto comprende la imposibilidad de poner en práctica sus ideales. Los intereses creados son una fuerza evidente e indestructible. La honradez y la justicia son concepciones abstractas que nada tienen que ver con la vida cotidiana. Azuela nos muestra aquí en toda la repugnante fealdad de sus vidas a los empleados del Estado y del Municipio, a los miembros de la Iglesia, a los jueces y a los terratenientes. El joven abogado trata de luchar contra estos individuos, pero es totalmente derrotado por ellos y Alamos continúa en su obscurantismo, fiel a la iglesia católica y en manos de

(1) Una joven de rara belleza, muerta de tuberculosis en el hospital en que Azuela era practicante, le dió la idea del breve relato que publicó entonces, y que se convirtió, terminada ya su carrera de médico, en la novela *María Luisa*.

magistrados indignos y corrompidos, aunque en una de sus calles principales hayan erigido un monumento a Benito Juárez. El semblante adusto del autor se suaviza al narrar las escenas de amor entre el abogado y Consuelo, hermosa e inteligente chica, víctima de las lenguas envenenadas de la aristocracia de Alamos. El sentimentalismo y la sátira campean en estas novelas; sentimentalismo que para expresarse echa mano de recursos melodramáticos; sátira que a veces convierte a sus personajes en caricaturas elementales. Es claro que la «comédie humaine» interesa intensamente al novelista, y que siente la suprema ira de Zola en presencia de la injusticia, la ignorancia, la pobreza y la crueldad. Otras veces Azuela se acerca en estas primeras producciones a la profundidad abismal de los dramas de Dostoiewski.

Mala Yerba es una novela del campo. Julián Andrade, último descendiente de una familia de aventureros españoles, es propietario de una gran hacienda, Julián se ha enamorado de Marcela, hija de don Pablo, su viejo sirviente. Para revelar quien es Julián, la novela empieza con este episodio: Marcela va a buscar agua al arroyo; Julián la sigue y cerca del riachuelo la coge en sus brazos y sus labios sedientos oprimen su boca en besos furiosos, pero en ese momento suena una bofetada y Julián cae al suelo con su cara bañada en sangre: a su lado está un vaquero, amante de Marcela. El vaquero se aleja paso a paso, mas de pronto suena un tiro y el hombre cae desplomado; Julián le ha disparado por la espalda. Después de algunos días el juez del lugar absuelve al terrateniente de toda culpa.

Otros dos amantes de Marcela aparecen más tarde en el desarrollo de la novela, un ingeniero norteamericano, llamado por Julián para que construya una presa, y Gertrudis, muchacho nacido y criado en la hacienda, que ha pasado varios años trabajando en los Estados Unidos. Gertrudis ama a Marcela desde su niñez y ahora quiere casarse con ella. La joven, que

se ha entregado a todos los hombres que la han pretendido, ama demasiado a Gertrudis para casarse con él en estas circunstancias. Una noche Julián descubre que el ingeniero ha ido a casa de Marcela y decide asesinar a los dos amantes. Resultado; el americano golpea atrozmente al patrón y huyé con Marcela. Poco después, Gertrudis y Marcela se encuentran en la aldea vecina. Marcela abandona al americano y se va con el amigo de su niñez. Julián decide la muerte de Gertrudis; uno de sus sirvientes le tiende una emboscada y el joven es cobardemente asesinado; esa misma noche Julián visita a Marcela, le da la trágica noticia y le ruega que sea su querida. Marcela toma un puñal, pero se desmaya antes de herir al odiado Andrade; éste va a huir, pero viendo el cuerpo inanimado de la mujer, toma el puñal y se lo entierra en el corazón. Aunque hay varios testigos del horrendo crimen el juez tiene mucho trabajo en su granja para preocuparse del asunto y dice al secretario del juzgado:

«Pero, dígame, don Petronilo, ¿usted quiere hacer de la justicia un juego de muchachos? ¿Cree usted que se pueda proceder por meras conjeturas que son del dominio interno de un particular? Don Petronilo, no se le olvide que hay un delito muy grave que se llama de difamación y que ese delito se castiga fuerte. Don Petronilo, mucho cuidado, que se meta en las once varas de la camisa».

El secretario, que todavía quería que se hiciera justicia, se calla y se arrepiente ante las palabras sapientísimas del juez, y decide no mezclarse más en un asunto tan complicado. El juez termina:

«Oigame, don Petronilo, quédese usted acabando de enfriar; yo ya tengo mucho sueño y me voy a acostar. Mañana muy tempranito, me va a ordeñar las chivas, y quiero también

que me saque unos camotes del surco para María Engracia. Hasta mañana, don Petronilo».

En *Mala Yerba* Azuela denuncia el despotismo de los caciques mexicanos y la perfecta incompetencia de la justicia rural. Los personajes de la obra son todos de un vigoroso realismo. Julián, que es cobarde, no es digno de sus antecesores, todos maestros en el crimen; Marcela, muchacha despreocupada y sensual, se redime por su amor a Gertrudis; Mr. John, hombre práctico, indiferente y divertido, es el típico anglosajón de nuestras novelas; Gertrudis es ingenuo, ardiente, bueno. La fuerza brutal de sus temperamentos arrastra a todos estos personajes a través de la obra, ciega y fatalmente.

Mala Yerba tiene cierto vigor melodramático pero su estilo es flojo. Los episodios se suceden de una manera artificial y arbitraria. Azuela no aprovecha bien sus paisajes: el lector siente que el paisaje no ha penetrado más allá de los ojos del novelista y por lo tanto su método no pasa de ser una simple enumeración de aspectos físicos. Sin embargo, *Mala Yerba* representa relativamente bien el método experimental y se lee con interés.

Andrés Pérez, maderista tiene más interés político que literario. Describe bastante bien los comienzos de la revolución mexicana, la división de los ciudadanos en dos grupos: oportunistas e idealistas. Los idealistas son derrotados y el triunfo de la revolución es para los hombres sin principios y sin escrúpulos. El pobre peón mexicano, confiado e ignorante, es la primera víctima de un movimiento hecho para liberarle. Incapaz de hallar sus propios conductores, es traicionado por los caciques que, después de ser instrumentos y lacayos de Díaz, se hacen generales revolucionarios cuando fracasa el régimen del Dictador.

El estilo de Azuela es un tanto periodístico en esta novela. No posee una técnica literaria individual y su vocabulario

carece de la fuerza y del color necesarios al buen estilo. Sus caracteres apenas si se convencen pero ya demuestra cierto realismo integral que se va a convertir más tarde en el eje de su manera literaria. En *Andrés Pérez Azuela* se preocupa sólo de la narración y pierde hermosas oportunidades de dar efectos de color local, mediante ambientes y paisajes. *Andrés Pérez* es únicamente un episodio en su gran cantidad de novelas acerca de la revolución mexicana.

Sin amor es la historia de cierta señorita que pospone el amor a las riquezas y al prestigio social en directo contraste con otra que siempre obedece a los dictados de su corazón. La primera, después de cinco años, es una señora gorda, que se ha unido a un primo teniente después de perder su fortuna a manos de un prestamista sin escrúpulos, aparece después de estos cinco años, todavía bella, con su romántico marido y un lindo chico. Es evidente que Azuela quiso darnos aquí un ejemplo de moral pero el lector se pregunta por qué la mujer que se casó sin amor se convierte en una matrona gorda y sin interés y la otra sigue manteniendo sus encantos. En la vida estas cosas no suceden así, pese a las teorías de la novela experimental de Zola. Hallamos en *Sin amor* sus acostumbradas sátiras en contra de la iglesia, los doctores, las señoras de la sociedad, los empleados públicos, etc. Desarrolla su novela mediante una técnica convencional, mostrando el contraste absoluto de dos mujeres— y de dos hombres—sin matizar, con la intención directa y ciega del escritor que trae su programa, aunque éste sea un lugar común. Las reminiscencias de *Mme. Bovary* son frecuentes en *Sin amor*.

Los Caciques, *Las moscas*, *Domitilo quiere ser diputado* y *Las tribulaciones de una familia decente* pueden ser llamadas con toda propiedad novelas de la revolución mexicana. Y sin embargo, ninguna es en verdad una novela revolucionaria, pues todas están trazadas de acuerdo con un plan convencional. Los caciques son los patrones, que han amasado su fortuna con las

lágrimas y la sangre de los pobres, engañando y robando, mas siempre protegidos por la justicia. El advenimiento de Madero parece poner fin a este estado de cosas pero a la muerte del gran presidente llega Huerta al poder y vuelven los caciques, asesinando y desterrando a cuanto liberal se pone en su camino. Pero era sólo el principio de la revolución y cuando los soldados de Villa y de Zapata empiezan a aparecer los caciques comprenden que su hora ha llegado.

En *Las moscas* el humorismo de Azuela encuentra su completa expresión. Las escenas de esta obra pasan en un tren militar donde se juntan generales, oficiales, soldados, doctores, abogados, profesores, mujeres alegres, señoras dudosamente respetables, etc. En vez de darnos descripciones de combates Azuela se contenta con señalarnos los efectos de la revolución entre los oportunistas, los cobardes y sinvergüenzas. Hombres y mujeres, en la total sinceridad del relato, aparecen desnudos moralmente. Cobardes y borrachos, en el terror mortal de la huida, imaginándose ver por todas partes las pistolas de los soldados de Carranza o desmayándose en presencia de los brutales dorados de Pancho Villa. Gente sin ideales, revolucionarios de ocasión, primero sirvientes de Porfirio, después de Madero, más tarde de Huerta y finalmente de Pancho Villa. Mañana seguirán a Carranza, a Obregón, a Calles. ¡Qué importa! Lo importante es vivir, vestirse bien, comer, gozar la vida. Se siente la impresión de que todo este movimiento revolucionario es una gran casualidad, un accidente, algo que continúa por inercia de movimiento, sin una convicción, instintivamente, porque es fácil importar fusiles de los Estados Unidos, porque para andar con zapatos hay que robarlos a los soldados muertos.

Domitilo es acaso la sátira política más ingeniosa que ha salido de la pluma de Azuela. Nos ha retratado en ella vigorosamente a don Serapio, un juez corrompido: al general Xicotenscatl Robespierre Cebollino, borracho y cínico, y a

Domitilo, el afeminado hijo del juez. El general Xicotenscatl Robespierre Cebollino nos da una idea de sus convicciones políticas:

«¡Pero qué rebrutos son sus paisanos, don Serapio! ¿Ha visto Vd. cosa más chistosa? ¿Qué dirían estos solemnes mentecatos si supieran que yo le serví a Huerta y que, cuando don Porfirio, yo, agente del ministerio público en nombre de Dios, hice ahorcar más maderistas que todos los que Huerta, Blanquet y Urrutia juntos hayan podido echarse al plato? ¡Ja... ja... ja!... ¡Qué rebrutos, de veras!».

Don Serapio, que un hombre muy preocupado de moral, cuida a su hija Antoñita como a las niñas de sus ojos. Pero cuando el general, don Serapio y Domitilo celebra la candidatura a diputado de este último, llegan noticias de que Antoñita ha huido con el escribiente. Don Serapio pone su índice ceñido por anillo de piedra coruscante sobre los labios de Domitilo:

«¡Basta — dice — esperemos! Ve tú mismo a destapar la caja de champaña».

Y luego brindan, y cuando don Serapio alza su copa con inaudita serenidad aspirando el bouquet de champaña, se le acerca Domitilo, asombrado de su entereza de carácter, y le dice al oído:

«De los males el menor, ¿no es verdad papá?».

En *Las Tribulaciones*, relata el autor las peripecias de una familia empobrecida por la revolución de Madero. Aunque la técnica de la novela es un tanto anticuada, *Las tribulaciones* es la mejor obra de Azuela, antes de *Los de abajo*. Hay mucho sentimiento, viveza de relato y certera descripción en este

libro. En el desarrollo de la intriga y en el modo de presentar las vidas de diferentes miembros de una familia en diversos medios sociales, unos ricos y otros en la miseria, se echa de ver claramente la manera de Balzac y a veces la de Zola. Y aunque Azuela exagere un tanto las cualidades buenas o malas de sus caracteres nadie puede negarle una sorprendente fuerza realista. El futuro investigador de la revolución mexicana encontrará en *Las tribulaciones*, un documento social y político de positivo valor.

Fuera de México se conoce y se juzga a Mariano Azuela únicamente por *Los de abajo*, novela que, considerada en conjunto, es la más valiosa de todas las que ha escrito hasta hoy. *Los de abajo* es el poema épico en prosa del soldado mexicano de la revolución, por cuanto abarca la vida heroica de un hombre, una serie de hechos grandes o pequeños, que complementan su carácter y lo hacen aparecer como representante típico de su clase. Azuela, mucho más verídico que Valle-Inclán en *Tirano Banderas*, ha logrado identificarse totalmente con sus personajes, porque los ha visto vivir, porque los ha mirado con profundo afecto, porque él mismo es uno de ellos. Se establece ese contacto supremo que busca Unamuno entre autor y personaje literario, esa unión emotiva tan estrecha que siente el lector, que hace que ya no se pueda distinguir cuando se expresa el creador y el ente creado. Y por eso cuando avanza Macías a la cabeza de sus hombres, le vemos por fuera y por dentro, en cuanto hombre vivo y representante de una causa, de esa causa que también es la de Azuela, síntesis perfecta de idea y hecho.

Los de abajo no logra definir todo el arte de su autor. Sus dones estilísticos, estridentismo, descripción escueta, omisión del verbo y predominio del sustantivo, uso del mexicanismo, transposición, vago conceptismo a veces, están mejor expuestos en *La Luciérnaga*. Y en la *La Malhora* oculta más el melodrama, aunque es más discernible el estridentismo, las

aguas fuertes, los cuadros sobrepuestos. En *Las moscas* deja rienda suelta al humorismo, mucho más intenso que en todas sus otras novelas, en tanto que en *Las tribulaciones de una familia decente*, *Los fracasados*, *Sin amor*, estalla la ira del apóstol, suena el látigo del reformador idealista. Con todo, en todas sus obras se encuentra la actitud proletaria, el deseo insatisfecho de redención del campesino, del oprimido. Azuela da forma eterna a las teorías políticas de Madero, encarna todas sus ansias de justicia, todas sus utopías, aun cuando esté convencido de la inutilidad de sus esfuerzos. Ve la tragedia de su pueblo, su gran ignorancia, su falta de principios, y le flagela sin piedad, pero luego vuelve a emocionarse ante su fe inagotable, su fe siempre traicionada, desde los tiempos de Iturbide hasta los de Huerta, como en el caso de *Andrés Pérez*. La intensidad de su pasión era mayor en sus primeras novelas, *María Luisa*, *Los fracasados*, cuando leía a Zola y a Balzac; luego escarba el dolor en las almas, hace la vivisección espiritual de los individuos siguiendo el ejemplo de Dostoiewski, en novelas torturadas como *Mala Yerba* y *Sin amor*, y por fin, en sus últimas tres obras se alambica más hasta convencernos en *La Luciérnaga* de que ha aprovechado largamente las enseñanzas de Proust. *La Malhora* da la nota más aguda de su mexicanismo, demuestra lo bien que se desempeña en el tema puramente proletario, de brutal intensidad, matizado por el estilo nuevo.

Con Azuela la novela deja de ser trabajo de pasatiempo. El lector de gustos tradicionales sentirá cierta repugnancia ante lo descarnado de su realismo, ante su agresividad de casta, porque Azuela no quiere deleitar sino hacer sentir, hacer odiar a los poderosos, a los mentecatos, a los hipócritas. Al llevar a la literatura estos asuntos sociales y políticos ha sabido mantener la altura necesaria y no se ha convertido en propagandista de profesión; al modernizarse tampoco ha caído en el estilo de vanguardia, que trata de disfrazar a veces una falta absoluta de ideas bajo una capa de papel importada de París.

Su expresión es lo suficientemente complicada para interesar al lector moderno e inquieto, pero nunca llega al jeroglífico. Su fuerte personalidad le impediría dar más importancia a la forma que al fondo ideológico de sus novelas.

BIBLIOGRAFIA

- María Luisa, Lagos de Moreno*, México, 1907, 157 p.
Los fracasados, México, 1908, 252 p.
Mala Yerba, Guadalajara, 1909, 164 p.
Mala Yerba, México, 1924, 170 p.
Marcela (Mala Yerba), Traducción inglesa de Anita Brenner, 1932.
Mauvaise graine, Traducción al francés de Matilde Pomés, 1932.
Andrés Pérez, maderista, México, 1911, 122 p.
Sin amor, México, 1912, 228 p.
Los caciques, México, 1917, 80 p.
Los caciques. Las moscas, México, 1931, 177 p.
Las moscas y Domitilo quiere ser diputado, México, 1918, 196 p.
Los de abajo, El Paso, Texas, 1916, 143 p.
Los de abajo, en «Mundo» de Tampico, 1917.
Los de abajo, México, 1920, 126 p.
Los de abajo, México, 1925, 151 p.
Los de abajo, Xálapa, Veracruz, 1927.
Los de abajo, Ed. «Biblos», Madrid, 1927, 205 p.
Los de abajo, en «Vanguardia», Buenos Aires, 1928.
Los de abajo, Ed. «Calpe», Madrid, 1930, 223 p.
Los de abajo, Santiago de Chile, 1930, 127 p.
The underdogs, traducción inglesa de Enrique Munguia, Nueva York, 1929, 244 p.
Ceux d'en bas, traducción francesa de J. y J. Maurin, París, 1930, 211 p.
Die Rotte, Giessen, Kindt y Burcher Verlag, G. m. b. H., 1930, 206 p.
Oni Sa Dna, traducción de Zorán Ninie, Zagreb, Checoslavia, 1933.
Las tribulaciones de una familia decente, México, s. a. 239 p.
La Malhora, México, 1923, 72 p.
La Malhora, en «Contemporáneos», Números 30, 31, 32, México.
La Luciérnaga, Madrid, 1932, 206 p.
Pedro Moreno, el Insurgente, Santiago de Chile, 1935, 123 p.
Precursores, Santiago de Chile, 1935, 125 p.